

Pedro Poveda, memoria de un educador

CONSUELO FLECHA GARCÍA *

El pasado 7 de marzo ha tenido lugar el Consistorio Público en que Juan Pablo II anunciaba la próxima canonización de cinco beatos/as españoles entre los que figuraba en primer lugar Don Pedro Poveda, sacerdote, mártir y fundador de la Institución Teresiana. La canonización tendrá lugar en Madrid, el 4 de mayo, con ocasión del viaje del Papa a España. Los creyentes de todo el mundo y, especialmente los españoles, tendrán ocasión de conocer y valorar cinco modelos de santidad cercanos en el tiempo y más afines a su sensibilidad.

Hemos querido en estas páginas rememorar a Don Pedro Poveda por su profunda fe, por su proyección educativa y cultural; por sus clarividentes intuiciones sobre la importancia de los educadores, el papel de la mujer en la sociedad y el sentido de los laicos en la Iglesia. El recuerdo y la evocación de un pedagogo que durante las primeras décadas del siglo XX puso en marcha diferentes proyectos en favor de la educación y de la cultura, puede ser un buen motivo para acercarse a la realidad educativa en la que hoy nos movemos desde una mirada histórico crítica que permita valorar lo ya conseguido y señalar, una vez más, lo que queda pendiente.

*Catedrática de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Sevilla.

Pedro Poveda fue un sacerdote andaluz que nació en Linares en 1874, y cuyo itinerario biográfico transcurre, lleno de actividad y de inquietudes, en diferentes lugares de la geografía española: Jaén, Guadix, Covadonga, Jaén de nuevo y, por último, Madrid —donde muere como mártir el 28 de julio de 1936—, en una época en la que a toda una generación de intelectuales “les duele España”, y ponen el problema de la escuela en el primer plano del debate sobre los remedios a aplicar; en unos años en los que no faltaron proyectos y realizaciones educativas desde las que se trabajaba incansablemente buscando un modelo de quehacer escolar que hiciera posible, sí la disminución del analfabetismo que acuciaba a la población española, pero igualmente el logro de un nuevo modo de ser y de estar en la sociedad. Y en un período en el que muchos creyentes tuvieron la tentación de replegarse ante una sociedad que empezaba a ser hostil para ellos, porque se culpaba al catolicismo de buena parte de los males que se denunciaban.

Poveda estuvo inmerso en todas esas circunstancias, y participó con creciente intensidad de la inquietud que compartía con otras personas y grupos por encontrar soluciones que resultaran eficaces. Atento a cuanto sucedía —de sí mismo dice en 1936: “yo, que tengo la cabeza y el corazón en el momento presente”—, y a pesar del arriesgado compromiso que implicaba el entrar en alguno de aquellos disputados escenarios, supo proponer nuevas claves para pensar la realidad y nuevos estilos para actuar en ella, con el firme deseo de no ceder al peligro de infidelidad que se asume cuando nos evadimos de los acontecimientos que anuncian y preparan cambios históricos. Pero debido a esa posición personal, se vio envuelto en algunas ocasiones en la polémica suscitada por quienes situándose no sin cierto miedo frente a las innovaciones políticas, culturales y religiosas, proponían iniciativas que él consideraba insuficientes para llamar la atención sobre lo que estaba sucediendo y para dar una respuesta adecuada a lo que aquel momento requería.

El enfrentamiento de ideas en España que caracteriza aquel período mantenía, además, en el centro de la polémica la cuestión religiosa, aunque de sus ingredientes formaran igualmente parte cuestiones políticas, sociales y, cómo no, educativas. La incidencia de la Escuela, del Instituto, de la Universidad, del maestro y de la maestra en su significado más amplio, en esos problemas, no era desdeñable. Un dato que puede ser expresivo de cómo podía afectar esa situación a la política educativa del momento es el que, entre 1902 y 1923, pasasen por el Ministerio de Instrucción Pública cincuenta y tres titulares de la cartera.

En este clima iba creciendo, a la vez, el celo del Estado por la autonomía que legítimamente le correspondía como representante de una población que empezaba a ser plural, también en lo religioso. Y Poveda entendió que no era justo leer esta pretensión únicamente como hostilidad, de ahí que ante la evidencia de un mayor protagonismo estatal en la educación, no tratase de hacer un contradiscursso, sino de ofrecer a los seglares, a los laicos, programas y posibilidades concretas para una presencia educativa con determinadas características —cualificada, comprometida, al servicio de un desarrollo de todas las posibilidades de cada persona—, dentro de esa red de Centros que los organismos públicos estaban creando.

Lo que Pedro Poveda había ido entendiendo como fruto de la propia experiencia, de las conversaciones con muchas personas y del conocimiento de las corrientes de pensamiento más difundidas, era que el problema de regeneración social no podría resolverse si no se contaba con la educación, la cual permitía actuar en la raíz de la que nacían muchos de los problemas; si no se recurría a la cultura como una

mediación liberadora. De ahí que fuera progresivamente centrándose en el diseño de propuestas educativas y culturales, de cuyos beneficios no quería excluir a nadie; en el desarrollo de un programa de actuación para el que multiplicaría esfuerzos y búsquedas a lo largo de toda su vida.

Hay que comenzar haciendo. La actividad que desarrolló en aquella circunstancia —él, que en tantas ocasiones escribiría: “hay que comenzar haciendo”, “hemos de contestar con los hechos”, “las obras sí, esas dicen con elocuencia incomparable lo que somos”, “el testimonio elocuente de los hechos”— fue aportar programas, concebir proyectos y crear instituciones encaminadas a salvaguardar la autonomía que también había que reconocer al profesorado, a promover su reconocimiento profesional, a apoyar su actualización pedagógica y a interpelar, partiendo del hecho de esa progresiva estatalización del sistema escolar, al profesorado cristiano que trabajaba en las estructuras educativas oficiales, para que actuara con competencia profesional, con responsabilidad y coherencia con su fe, y uniéndose en iniciativas y acciones coordinadas. Mostró en diferentes ocasiones su desacuerdo con las voces que hacían culpable al profesorado de los problemas que había en la enseñanza; que señalaban precisamente a quienes estaban soportando más de cerca las consecuencias de aquella situación: “En general, sabemos mejor lanzar lamentos y pronunciar amargas quejas, que pensar en remediar los males y ejecutar lo que entendemos ser necesario para conseguirlo... Se quejan de este mal, y fustigan al profesorado, y lo recriminan, y hasta lo desprecian. Todo es injusto”, publicaba en 1911.

La inquietud por el profesorado, por su formación, por su coordinación, es la tarea que consideró más urgente abordar por la posición especialmente relevante que ese colectivo ocupaba, y sabemos que sigue ocupando hoy, en el entramado de los problemas educativos. Él daba claramente la primacía a la atención al profesorado: “Obra necesaria, urgente, de extraordinaria trascendencia —escribía en 1910— y a ella debemos acudir...: nosotros creemos que la escuela será cual sea el maestro”; “ante todo y sobre todo —decía un año después—, debemos contar con el profesorado, si queremos que nuestra labor sea provechosa. Sin contar con el maestro no podemos dar un paso”.

Propuso programas concretos de acción —y esto es lo más característico de su pensamiento pedagógico— para aquellos maestros y maestras que tenían que asumir la gran responsabilidad en el acceso del pueblo a la cultura. Planteó la conveniencia y diseño las líneas organizativas de una Asociación que coordinara al profesorado a nivel nacional y, a partir de 1911, inició la creación en distintas ciudades españolas de Centros Pedagógicos concebidos para la formación permanente y de Academias para la formación inicial, de quienes, en el primer caso, ya estaban ejerciendo el magisterio o, en el segundo, se preparaban para incorporarse a él. Publicó folletos y artículos en la prensa, además de un Boletín de las Academias Teresianas —cuya continuidad con distintas cabeceras ha llegado hasta hoy— que servía para difundir el pensamiento pedagógico entre el profesorado y para facilitar el conocimiento y el intercambio de las experiencias que se realizaban en los Centros.

A Pedro Poveda se le reconoce un espacio propio en la historia de la educación pues comprometió toda su actividad y sus escritos, creó instituciones y ofreció su colaboración a iniciativas y a proyectos de otras personas, siempre dentro del amplio campo de la tarea educadora. Dan testimonio de su espíritu abierto y propositivo las iniciativas dirigidas, más específicamente, a la alfabetización de las clases populares y a su inserción en la sociedad; las pensadas para la actualización pedagógica del profesorado y para la atención a los problemas profesionales del magisterio, y las que contribuyeron a apoyar e impulsar la educación superior de las mujeres y su

acceso al ejercicio profesional. Este pedagogo dio crédito a las inquietudes y a los deseos de estudiar y de mayor participación en la vida social manifestadas por las mujeres en aquellas décadas; creyó en las posibilidades que tenían y estaba convencido de que había que contar con ellas en una sociedad llena de proyectos innovadores y en decidida dinámica de cambio. Y, en la medida en que para esa participación se requería que fueran mujeres preparadas, mujeres cultas, consideró de tal importancia su formación que llegó a calificarla en 1919 como una “cuestión de vida o muerte”.

Desde cada una de esas mediaciones quería contribuir a una capacitación personal y profesional cualificada del profesorado, a unas prácticas innovadoras dentro de las aulas, a una actitud de renovación pedagógica constante y, demostrando un especial sentido de futuro, a una incorporación de las mujeres a nuevos ámbitos profesionales y sociales.

Se afanó, poniendo de su parte los mejores recursos, para favorecer el reconocimiento de cada persona, de cada grupo humano, para evitar distancias, para promover espacios de diálogo en los que hubiera lugar para todas las palabras. Y lo hizo sin pausa, con esperanza y sin miedo. Y como entendía la importancia de que cada persona estuviera abierta a las demás, buscó, al mismo tiempo, solidaridad en torno a un objetivo común.

Así se fue haciendo realidad lo que en los primeros años se llamó “Obra de las Academias” y, a partir de 1917, contando con las profesoras, alumnas y antiguas alumnas más comprometidas en la realización de esas propuestas, la Asociación Internacional de Laicos que conocemos como Institución Teresiana, la cual, asociadamente o a través de algunos de sus miembros, está presente en la actualidad en 30 países de cuatro continentes, promoviendo y colaborando en diferentes proyectos que recogen y actualizan el pensamiento y las iniciativas povedanas.

Respuestas y compromisos. A Pedro Poveda le acuciaba la urgencia de ofrecer respuestas concretas a las cuestiones que estaban siendo objeto de preocupación y de debate en su tiempo. Convencido de que vivía en una época de transición que reclamaba nuevos planteamientos, y de que había que incorporarse a la modernidad abriendo perspectivas hacia el futuro, más allá de confrontaciones ideológicas o de intereses políticos, logró la capacidad de hacer frente, con decisiones no siempre fáciles y con tareas que convocaban a comprometerse, a situaciones muy complejas en aquellos años y cargadas de incertidumbres.

Para ello participó en cuantas instancias culturales y educativas solicitaron su colaboración: en Jaén fue socio de número de la Asociación de la Prensa y de la Real Sociedad de Amigos del País, formó parte de la Junta Provincial de Enseñanza, de la Junta Provincial de Beneficencia y del Patronato del Museo Provincial, perteneció a la Junta Nacional contra el Analfabetismo, fue Decano de la Academia de Estudios Giennenses y Profesor de las Escuelas Normales y del Seminario Diocesano.

Más tarde en Madrid, cuando la Institución Teresiana estaba formada por cuatro Asociaciones con una gran diversidad de actividades, y funcionaban Academias en muchas ciudades españolas, además de en Chile y en Italia, Poveda fue Consiliario de la Asociación Nacional de Padres de Familia, organizó la Federación Nacional de Estudiantes Católicas y la Liga Femenina de Orientación y Cultura, y fue miembro fundador de la Federación de Amigos de la Enseñanza,

además de Capellán Real y otras muchas cosas. Se le encontraba siempre allí donde había que aunar esfuerzos, donde se requería un apoyo, donde era necesario un trabajo coordinado.

En todos los espacios en los que tuvo una palabra apostó, desde un catolicismo coherente y comprometido con la actualidad, por una valoración de la cultura como medio fundamental para el servicio que había que ofrecer a la sociedad, y por una aplicación de la pedagogía más innovadora en cuanto al estilo, al clima y a los métodos con los que había de desenvolverse la tarea educativa en los diferentes ámbitos: en la escuela, en la familia, en las actividades de ocio, etc. Una cultura y una pedagogía vinculadas a un cambio en las relaciones sociales y, desde luego, no disociadas de la fe, para contribuir a un talante de persona en el que fuera posible el diálogo entre la competencia científica adquirida, la experiencia de fe cultivada y los compromisos asumidos.

Demostró un apreciable sentido de la historia y una conciencia atenta a lo que exigía el presente en el que vivió, ambas cosas como el mejor camino para poder mantener una actitud abierta al futuro. Sin nostalgia del pasado, sintió la vida como una tarea, como un proyecto, como un compromiso, en la que el tiempo que se nos da tiene un valor primordial. No hay que dejar que ese tiempo se nos pase, esperando; no hay que dejar que ese tiempo se nos escape, sólo hablando y proyectando. Ésta parecía ser una de sus máximas. Cuando escribe y publica, incansable, sobre temas de enseñanza y sobre proyectos educativos, lo hace para despertar conciencias, para estimular, para mover a la acción. Nada pudo detener su voluntad de forzar los límites de lo posible pues se alimentó, durante décadas, de un patrimonio de convicciones y de creencias que hicieron posible el desarrollo de una propuesta educativa, de un proyecto cultural y de desarrollo humano que, pensado en unas coordenadas espacio-temporales concretas, sigue siendo actual cien años después.

Relevancia y Significado. Pedro Poveda se nos presenta como un hombre lúcido y comprometido que prestó y sigue prestando un servicio a la sociedad desde su condición de pedagogo y de humanista por sus aportaciones al pensamiento educativo y por las realizaciones que puso en marcha y que hoy siguen vivas. Un pensamiento y unas afirmaciones acerca de lo que debe ser la educación, que siempre encontramos entrelazadas con las experiencias que propone o realiza, con la prueba de la verdad que son las acciones mismas; unas ideas que pueden ser contrastadas en la pervivencia de las mismas en incontables educadoras y educadores de ayer y de hoy que han dado y siguen dando actualmente forma a sus propuestas. De ahí que se le reconozca un lugar en las búsquedas y logros pedagógicos del siglo XX. Se nos presenta como un cristiano, como un sacerdote de fe auténtica, que se había formado para el servicio que deseaba ofrecer, obteniendo en Sevilla la licenciatura en Teología y en Granada el título de Maestro. Un intelectual que miró con preocupación, pero con cordialidad, las circunstancias sociales y políticas en las que le tocó vivir; que analizó con mirada amplia los acontecimientos que se producían y que buscó respuestas para que en aquella sociedad del primer tercio de siglo, hubiera un lugar para todas las personas, para todos los grupos. Un creyente que deseó presencias significativas en los ámbitos que él entendía especialmente sensibles a una actuación que tocara de cerca a las personas: a las que estaban más lejos de la cultura, por carecer de medios; al profesorado y a los medios para su formación; a las mujeres que querían y debían estudiar. Un testimonio de presencia cristiana en la vida pública que no pasó desapercibido en su tiempo, ni parece haber perdido significado para la Iglesia de hoy puesto que lo propone como referencia, como modelo, al proclamar su santidad en este año 2003.

Considerado, a veces, como un visionario, como un utópico —con este sentido le denominó “proyectista” un pedagogo de la época—, tenido hasta por temerario, eligió, en verdad, una vida expuesta a la contradicción: incómoda para sí mismo y seguramente para otras personas porque —como ha señalado Ángeles Galino— actuó, escribió, formó escuela, fundó, publicó; porque se sumó a cuantas iniciativas incidían en el mismo empeño educador y reclamaban su colaboración.

Sí, quizás era una utopía cuando empezó a formularla, pero con la que fue consiguiendo, a fuerza de convicción y de diálogo, no sólo confortar a los que sintieron que ponía palabras y acciones a lo que ellos sólo habían sido capaces de soñar, sino que logró atraer, persuadir y enganchar a otros muchos hombres y mujeres, más jóvenes o menos habituados a pensar caminos alternativos.

Algunos de los problemas que hoy tiene planteada esta sociedad no difieren tanto de los de aquel primer tercio de siglo, otros en cambio sí, por lo que las soluciones, las nuevas propuestas, habrán de tener en parte continuidad y también, en parte, ser diferentes. Pero para la elección, en cualquiera de los casos, y para su puesta en práctica, nos sigue sirviendo otra de las afirmaciones que Poveda dejó escritas: “Hagamos la educación que los tiempos demandan”.

Es decir, la que mejor promueva y haga crecer a cada persona, la que ayude a discernir los valores que humanizan, la que ilusione lo bastante para seguir haciendo sin dimitir de las inexcusables responsabilidades que tenemos respecto de las generaciones futuras. En definitiva, la que sepa estar al servicio de una sociedad más justa y más fraterna, fruto de una escucha atenta a “lo que los tiempos demandan”.